

COMENTARIOS

UN PINTOR DE SOLEDADES

NUESTRO artista, es un pintor nacido en Elche de la Sierra (Albacete), el 31 de mayo de 1937. Tiene aspecto de «divo», de tenor de ópera italiana. Al hablar parece que siente una gran timidez. Sin embargo, cuando se le conoce, sale su carácter fuerte, el hombre seguro de sí mismo. El mundo interno del artista es, a veces, complejo.

En Elche de la Sierra iba a ser labrador, como su padre, pero temía quedar encerrado, hundido en los propios surcos que siguieron sus antepasados. Ya entonces, el arte era para él una forma de conocimiento que intuía y El Prado, Madrid, una especie de «Tíovivo» que le deslumbraba. Soñaba con la gloria como cualquier adolescente avisgado que no se resigna a vegetar o adocenarse... Agonía que se siente cuando no está vacía el alma. Viajó y tuvo que trabajar duro, como en la tierra. Las cosas no vienen nunca solas. Hacía progresos. En 1958, el Ayuntamiento de Hellín y la Comisaría de Protección Escolar, le conceden una beca para estudiar en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando, máxima ilusión por aquel entonces, y hoy base de toda su obra.

Estamos hablando de Francisco Fernández Reolid. Un ambicioso que siente la voz de la esperanza... Una vez finalizada su formación, se traslada a Italia. Allí estudia y sigue trabajando. Participa en la exposición internacional «Primavera del Artista» y consigue el segundo premio. Concorre a dos certámenes más y es galardonado nuevamente. Seleccionado en el concurso «Monte Cervino»—intervinieron ciento cincuenta artistas del mundo entero—su obra vuelve a ser premiada con una importante suma. Su inquietud le lleva a pintar intensamente y celebra seis exposiciones individuales en Madrid, Alemania,

Francia e Italia. Concorre, asimismo, a varias nacionales, alcanzando premios en pintura y escultura. Reolid es también un excelente escultor. Actualmente ejerce la cátedra de Dibujo y Pintura en el colegio Santamaría del Pilar, uno de los centros privados madrileños de más prestigio.

Su obra se encuentra extendida en colecciones particulares de Francia, Alemania, Estados Unidos, América del Sur y España. El destino no truncó su auténtica vocación.

El estudio lo tiene en la plaza del Niño Jesús. Gusta trabajar al calor de una estufa y en la soledad de las madrugadas invernales. El silencio invita a encontrar los sueños adormecidos, como caminante que busca las estrellas. Es el amor temprano del hombre que está lleno de soledades. Pero asomémonos a su obra.

No es solamente la pintura de caballete la que atrae a Reolid. Precisa también del mural, para satisfacer plenamente sus necesidades plásticas. Siente amor hacia la naturaleza, y juega con el esplendor de la luz y la forma. El color no es explosión, es tamiz, velo suave de rosas, grises, ocre y blancos.

—¿Puedo preguntarte qué es la inmortalidad?

—Claro, claro. En un pintor es conseguir que su obra no muera. Es decir, que siempre esté presente como representación suya sin olvidar su época. Si ha sido sincero, ha conseguido su propósito, que es el máximo premio. Sinceridad que significa estudio, vocación, ideal...; aportación noble y constante, sin caer en la comercialización o la extravagancia.

—¿Lo fundamental en un pintor?

—Principalmente sentirse seguro de sí mismo y prestar atención a todas las corrientes, descartando aquéllas que no posean una cierta nobleza plástica.

—¿Qué coges y qué dejas de la naturaleza?

—Como todo pintor figurativo, me interesa la naturaleza, pero interpretándola según la siento. Las formas sugieren constantemente maravillosas ideas, aunque las simplifique hasta llegar a una síntesis, teniendo presente el color y creando así algo que, en ocasiones, no tiene nada que ver con la propia naturaleza. Nace un mundo distinto ante el espectador.

—¿Quién hace al artista, el marchante o la obra?

—Al artista lo hace su obra, aunque en los tiempos actuales la propaganda es un factor importante. Esta podría hacer a un pintor, pero no al verdadero artista.



Retrato de Miguel Pérez Calderón, de TVE, obra de FRANCISCO FERNÁNDEZ REOLID

—¿Hablas del genio?

—Mira, con estos hombres excepcionales el marchante es un simple intermediario. Se ha dado el caso de que éste ha conseguido que el pintor o escultor deje la buena afición y la cambie por la comercialización.

Sobre el caballete, un lienzo empezado, y en el suelo, algunos terminados. Su dibujo diestro, le permite estructurar debidamente el cuadro. Su obra deriva hacia un expresionismo. Cálido, poético más que cerebral. Toda la pintura de Reolid se despliega en unas sugestivas transparencias, que como fuerza vital le empujan hacia nuevas búsquedas.

—¿Contra qué te rebelas?

—Contra los falsos artistas. Lo que más me horroriza es la hipocresía. Esos que valiéndose de las barbas, indumentaria estafalaria y forma de vida más o menos escandalosa, van dejando un precedente que arrastramos desde siglos. Nada de esto tiene que ver con los problemas que un artista de verdad se plantea a lo largo de su vida. Recurren a estos medios para llamar la atención y generalmente les falta genio y no se resignan a permanecer en silencio hasta que los años y las generaciones juzguen su obra. Además, carecen de sinceridad. Si los grandes hombres hubiesen hecho «ruido», aún estaríamos oyendo el estruendo.

—¿Crees que el arte está dividido?

—Sólo existe arte bueno y arte malo. Aunque sean muchas las tendencias, el problema es uno solo: la creación feliz de la obra.

—¿Soberbio?

—Mi gran pecado. Lo arrastraré siempre, pero para no ofender a los demás procuro aislarme. Hasta que consigo autoconvencerme, soy soberbio conmigo y la obra, cosa que logro muy pocas veces.

—¿Paisaje o retrato?

—Prefiero la forma libre, el paisaje. No me gusta el retrato de encargo.

—¿Por qué?

—Es superior a mis fuerzas someterme a la realización de unas formas externas, sin libertad de expresión alguna.

Sin embargo, de sus pinceles salen unos retratos contundentes, sensibilizados por un espíritu vigoroso. Sabe penetrar en la psicología y desentrañar el ser.

—Háblame del «Pop-art» y del «Opt-art».

—Permíteme que no conteste a esta pregunta. Dejemos que pase un poco más de tiempo para ver en qué quedan éstas y otras manifestaciones «artísticas»...



Cabeza de caballo, lienzo original de FERNÁNDEZ REOLID

—¿Qué liberarías de toda esta confusión plástica?

—Como te he dicho, la verdad y la sinceridad.

—Con arreglo a las últimas tendencias, ¿el arte está entrando en terreno de la física?

—Son materias totalmente distintas. Desde la invención de la pintura al óleo por los hermanos Van Eyck, hasta nuestros días, no se ha

hecho nada que pueda superarlo en cuanto a materia. Ácidos, máquinas italianas y demás extraños artilugios para hacer «pintura» no han aportado nada nuevo al arte. La obra no depende de un efecto físico-químico realizado al azar, sino de la inteligencia del hombre que la hace, que es completamente diferente.

—¿Mundo interior o mundo real?

—Nos debemos a nuestro tiempo y como tales hemos de vivir conscientes de la vida que nos rodea. Creo que es preferible el mundo real con todas sus consecuencias, aunque particularmente se tenga una personal manera de pensar.

—¿Qué te niegan?

—El hacer una pintura más comercial.

—¿Un cuadro es el producto de una elaboración intelectual?

—El pintor debe conocer la materia y el dibujo; todo cuanto enseña una escuela formativa. Así se puede recurrir a la manera o procedimiento que más interese, sin abusar de estos conocimientos. De lo contrario se iría a una pintura cerebral y, por tanto, fría. Ejecutar un cuadro con rapidez y frescura es mucho más interesante. Pintar por pintar, no debe hacerse; el tema o motivo debe atraer irresistiblemente al artista y realizarlo como si se le escapase de las manos, infundiendo en la obra un calor y una gracia que difícilmente se consigue en más de una sesión, pensando fríamente. He aquí por qué los bocetos casi siempre tienen más interés que la obra. Ocurre porque se ejecutan sin pretensiones de grandiosidad y su espíritu es más noble.

La obra de Reolid es de profunda significación. No rompe la tradición, sigue la vertical que trazaron nuestros antepasados, pero sin dejar de ser pintor de su época. En la obra que contemplamos, el expresionismo es idealización. Le reintegra, le lleva a su verdad sentida.

Nuestro hombre parece cansado y ha dejado de pintar. Contempla el lienzo, todavía húmedo por la frescura de los colores tiernos. Por unos momentos se atrinchera, queda ensimismado. La función creadora, aísla a veces.

—¿Cuál es tu problema?

—Lograr una total independencia económica que me permita realizar cuanto deseo.

—Se habla de la ordenación del espacio en arquitectura. ¿Puede decirse lo mismo en pintura?

—Si en arquitectura esto es nuevo, en pintura todo lo contrario, ya que los grandes maestros tuvieron bien presente la ordenación del espa-



cio, incluso abusando en ocasiones de esta cualidad que se traduce en composición constante. Sin esta ordenación, la obra carece de todo fundamento.

Le espanta que llegue un día en que pueda encasillársele dentro de una manera determinada.

—¿Te consideras un «comprometido» de tu tiempo?

—Indudablemente. Aunque son muchas las tendencias actuales, estamos viviendo el momento de evolución más interesante que han tenido las Bellas Artes. Lucho con ilusión y con fe.

Francisco Fernández Reolid es humilde y franco consigo mismo y los demás. Su mayor grandeza.

FÉLIX FERRER GIMENO